

CULTURA

Sonia Devillers relata en 'Los exportados' cómo sus padres y otros judíos fueron vendidos tras la II Guerra Mundial

Personas por ganado en la Rumania de Ceausescu



Sonia Devillers, en una imagen de la editorial.

LAURA FERNÁNDEZ, **Barcelona**
Hace cuatro años, la periodista Sonia Devillers (Las Lilas, Francia, 48 años) descubrió horrorizada que sus abuelos, judíos rumanos, habían sido intercambiados por un puñado de cerdos en 1962. Sus nombres estaban en la lista que hizo pública el historiador Radu Ioanid después de tener acceso a las cartas y los informes que intercambió la Embajada de Londres con la Dirección General de Inteligencia Exterior de Bucarest, en la que aparecía a menudo el nombre de Henry Jacober, encargado entre 1958 y 1965 de dar salida a los miles de judíos que la entonces República Popular de Rumania marginaba sin escrúpulos a cambio de ingentes cantidades de dinero que, en el extranjero, se transformaban en ganado.

“Lo que me dijeron cuando estuve en Rumania y les hablé de ello fue que mi familia no tenía de qué quejarse. Era una situación win-win. Es decir, ellos querían salir de allí y el régimen comunista quería ganado”, explica aún perpleja Devillers. “Hay un silencio político alrededor de lo que ocurrió, pero también hay un silencio familiar, un silencio íntimo, que nos impide actuar”, dice la periodista en una entrevista por videollamada, para hablar de lo que surgió cuando decidió que no iba a callarse: su primer libro, *Los exportados* (Impedimenta).

Son unas memorias en las que dibuja el pasado con quirúrgica precisión reconstruyendo la historia de tan aberrante fenómeno que, dice, “prácticamente borró la presencia judía en Rumania”. De los 800.000 que había en el

país antes de la II Guerra Mundial se pasó a 300.000 después de la Shoah y a “10.000, pero quizá no sean más de 3.000” tras la exportación masiva durante la Guerra Fría, recuerda Devillers. De paso, la autora reconstruye la historia de una parte de Europa que, “por no estar en el centro del de-

bate, sigue sin contarse”. Porque una cosa es lo que ocurrió durante la dictadura de Nicolae Ceausescu y otra lo que pasó durante la II Guerra Mundial. “Todo lo que ocurrió se atribuye a los nazis, aunque fue cosa del Gobierno rumano”, apunta. También da cuenta de ello en *Los exportados*.

“Centramos la atención en Alemania, Polonia y Hungría, y olvidamos que en el resto de Europa estaba ocurriendo lo mismo”, sentencia. Su madre, que tenía 14 años cuando su familia cerró el trato con el traficante —pagarían 12.000 dólares (unos 11.000 euros) por su libertad, y luego el Go-

bierno le debería a Jacober “más judíos para saldar la cuenta”, pues él había invertido en un número de animales mayor, como puede leerse en una de las cartas—, no quiere tener que ver nada con ese pasado.

“Ni mis abuelos ni ella se sintieron jamás judíos. Trataron de dejar atrás el hecho de que lo eran. Se cambiaron el apellido y vivieron ajenos a toda idea de religión. Eran ateos y no querían sentirse parte de aquellos a los que se perseguía. Supongo que el miedo también se hereda. Y mi madre ha heredado ese miedo. Aunque también ha heredado el silencio. Es víctima de algo que no tiene nombre. Porque en la Rumania socialista no se hablaba de antemitismo”, relata la periodista, quien también creció sin tener ni la más remota idea de que su familia era judía.

Empezó, dice, contando la historia de su familia y acabó contando la de los judíos en Rumania. “Es una sensación muy extraña”, cuenta. Su historia familiar está repleta de medias verdades. Consiguieron durante un tiempo fingir que nada iba con ellos, pero acabaron despedidos de sus trabajos y del partido. “El comunismo borraba identidades, y si no podía borrarlas, hacía desaparecer a aquellos que las poseían”, explica Devillers, para quien hubo una intención “fascista” en la República Popular de Rumania. “Quería limpiar el país de judíos. No hubo genocidio, ni tortura, ni deportaciones durante la época comunista. Pero sí hubo exportación. Los comunistas fabricaron una Rumania sin judíos”, insiste.

DESDE EL PUENTE / MANUEL VICENT

El amor a la patria está en el paladar

ése a tantas consignas y proclamas que de niño oía por todas partes, no acertaba a saber qué cosa era la patria. En el cerebro límbico donde se almacenan los sentimientos y las emociones permanecía el sonido de las canciones *Cara al sol* y *Prietas las filas*, que cantaba en la escuela con el brazo en alto cada mañana cuando se izaba una bandera roja y amarilla en el balcón. Con el tiempo aquellos himnos los llevaría asociados, más que a un ideal patriótico, al bocadillo de atún en escabeche que le preparaba su madre para comérselo en el recreo. Una mañana levantó el brazo de forma automática sin darse cuenta de que llevaba el bocadillo en la mano derecha y el maestro le pegó un bofetón por considerar que era una afrenta a la bandera.

En la escuela el maestro les hablaba de la patria y decía que la patria era nuestro territorio, al que había que amar. El niño miraba por la ventana y veía una montaña de la sierra de Espadán por donde él solía campar en busca de balas y restos de metralla de una guerra que había tenido lu-

gar por allí, según le habían contado. Por el otro lado se veía el mar a donde iba todos los veranos a bañarse. Si la patria era esa montaña y ese mar azul, el niño estaba dispuesto a amarla. Pero un día en el cine del pueblo pusieron *Sin novedad en el Alcázar*. La pantalla había quedado llena de escombros humeantes por donde habían saltado los valerosos soldados nacionales que eran altos, guapos y audaces, y habían muerto los enemigos, que eran feos, de mirada torva y desarrapados. El niño sintió su corazón inflamado por un extraño coraje al sonar la marcha militar *Los voluntarios*, al final de la proyección. De repente al salir a la calle, a este niño le habían entrado ganas de pegarse con alguien solo para demostrar que era valiente como aquellos guerreros que habían defendido el alcázar.

Nunca llegó a explicarse, siendo vástago de una familia de derechas y tener un hermano mayor que era jefe de centuria, por qué había rehusado entrar en la sala de aquel balneario derruido donde un jefe de falange repartía a compañeros de su edad, amigos



Desfile del 12 de octubre de 2022 en Madrid. / B. ARMANGUE (AP/LAPRESSE)

de juegos en la plaza, un fusil de madera, una camisa azul, un correa con hebilla dorada, una boina roja, unas medias, unas botas con clavos y un pantalón caqui. A partir de ese momento sería proclamado Flecha y podría desfilar a la sombra de los nogales de la carretera. Esa desgana por sumarse al rebaño y negarse a andar uniformado la atribuía, tal vez, a su instinto innato de ir suelto por la vida como un gato salvaje.

Después pudo creer que España era aquel mapa con cada provincia de un color colgado en la pared de la escuela. Al parecer, estaba lleno de ríos con sus afluentes, de cabos, golfos, sierras y las cordilleras lejanas que había

que aprenderse de memoria y cantarlos a coro para que quedaran grabados en el cerebro y allí formarían una misma masa encefálica con un conjunto de blasones y escudos antiguos con águilas y leones. Fue hacia los ocho años cuando se enteró de que ser español consistía en sentirse orgulloso de las hazañas de los antepasados, y de estar dispuesto a derramar hasta la última gota de sangre para defender a la patria. ¿Qué le pasaba a este niño que ninguna victoria le conmovía? Comenzó a intuir lo que era ser un patriota cuando un toro mató a Manolete y todo el mundo a su alrededor lloraba, pero el golpe de gracia lo obtuvo de lleno por

primera vez cuando oyó el grito desgañado de Matías Prats cantando el gol de Zarra en Maracanã. Solo entonces supo que España ocupaba un lugar en el universo.

Sucedió una vida anodina amantada por el Nodo, con los lugares comunes de un pasado heroico, la rueda del tiempo sobre los días de gris plomo de la dictadura, hasta que este niño se vio dentro de un uniforme militar con una estrella de seis puntas de alférez en la gorra. ¿Tampoco ahora sentía el palpito de la patria en el corazón de joven soldado? Una vez el coronel de regimiento lo pilló con la guerrera desabrochada, lo mandó ponerse firme y le soltó: “¡No le digo nada porque usted no es más que un paisano disfrazado de militar!”. Había acertado. Era como realmente se sentía. No obstante, desfiló ante Franco en la parada militar del paseo de la Castellana vestido de camuflaje con el sable al frente de aquella flamante compañía del Inmemorial. Cornetas y tambores sonaban en los altavoces colgados de las encinas y de pronto la música dio un salto en su memoria porque ahora vertían la marcha de *Los voluntarios*, que le recordaba la que sonaba al final de cada película en el cine del pueblo cuando era niño. Al marcar el paso sintió que se le henchía el corazón porque de pronto le vino a la mente aquel bocadillo de atún en escabeche con el que cada mañana saludaba a la bandera de España.